

José María Lancho

LOS SILOGISMOS
DEL BÁRBARO

Prólogo: Jesús García Calero



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
—COLECCIÓN BERBIQUÍ, n° 40—
MADRID • MMXXIV

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:

© Cuadernos del Laberinto

www.cuadernosdelaberinto.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

De la obra © JOSÉ MARÍA LANCHO

Directora de la colección © ALICIA ARÉS

Del prólogo © JESÚS GARCÍA CALERO

Fotografía de cubierta © COVADONGA SARRAGUA LEIVA Y JOSÉ MARÍA LANCHO



Diseño de la colección © Absurda Fábula

www.absurdafabula.com

El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Primera edición: noviembre 2024

I.S.B.N: 978-84-18997-83-9

Depósito legal: M-24491-2024

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

*A mi hija Clara,
como parte de los pasos que aun le debo*

Prólogo

Por JESÚS GARCÍA CALERO

He aquí ante vuestros ojos los versos de un hombre original, con alma indómita, que representa con su voz interior muchas de las grandes porfías de una especie siempre en riesgo de extinciones morales, por la pereza y la obcecación. El poeta se sienta en cada encrucijada y formula su jeroglífico con escritura leve sobre la arena. Difícilmente puede o quiere disimular su mirada, su experiencia, su estado de ánimo, su orgullo y sus maldiciones.

José María Lancho es un abogado extrañamente dotado para la apnea en profundidades líricas y en territorios imaginarios. Allí encuentra palabras que nadie cultiva, perlas preciosas al azar de corrientes indetectadas para el resto, en el mundo y el ruido en el que estamos inmersos. Volver los oídos y los ojos a esos flujos oscuros desde los que asoman ideas y corales, palabras y venenos ancestrales que vuelven a florecer, le lleva a veces al salmo, otras veces a la maldición, a la advertencia, al relato y la anécdota ejemplar, a los mil días con sus mil y una noches en los que los versos son necesarios para que la luz del día y la vida que crece bajo tantos azares no resulte insípida.

En un mundo lleno de fisiones y asperezas, esta poesía emerge con la energía inacabable de la fusión de voces, de culturas, de tiempos, de tonos, metros y lugares. Lancho es un poeta al que nada le es ajeno. Hay teogonía y comercio en sus palabras. El mundo clásico mana desde las referencias, como Séneca y también de un tono menos proverbial en el que el amor añade tinta salvaje y sombras acechantes a la vida, más próximo

a Sexto Propercio. Aquí hay lugares altos como Gredos a los que el poeta nos eleva pero nunca va solo porque allí conduce los recuerdos y las almas de los muertos y hay lugares lejanos y profundos como el mar de las historias y los galeones perdidos. Hay caracteres contemplativos solo pendientes de la luz abstracta que irradian las cosas —y percibir esa luz que subyace en todo es una visión al alcance de muy pocos— y también ancianos venales cuyas vidas averiadas solo tienen la salvación sarcástica de quien sabe que ya nada importa. Pero Lancho lo subraya cada vez: sí importa, todo, todavía. El mal que no has hecho y que podría ser un castigo, el incendio shakespeariano del paraíso en el que un Dios Lear se interroga todavía por algunos sentidos que escapan a su creación, el oriente en el que unos pocos aventurados plantaron semillas espirituales —tal vez el injerto más asombroso de la jardinería ascética del creyente clandestino— o ciertos paisajes de orografías fabricadas por el propio corazón anclado en mundos que ya no pueden rescatarse. Pero el oriente es Japón, en su primicia del amanecer y por tanto de las preces, en el vapor de su té y de sus inciensos, en los filos del acero más cortante y en el de los pequeños haikus, esos poemitas insondables que despiertan nuestra trascendencia como puñalitos místicos.

Y está el amor, como un rayo que todo lo gobierna y todo lo hace naufragar, que suelda culpas y condenas, que libera a los hombres y mujeres de sus invisibles, asfixiantes cadenas. Un amor siempre cerca del paraíso perdido, literalmente, y no tanto del vivido, como si la pasión amorosa abriese una dimensión de nuestra vida que no podremos jamás acomodar del todo, una puerta de dolor y pérdida en sentido potencial, pero también de gozo y de secreto disuelto en las tinieblas de la vida y del atardecer.

Entonces ¿por qué escribir? ¿Para qué la poesía? Entre los silogismos bárbaros de nuestra decadencia, las sílabas formulan letanías inaudibles que solo un buen abogado de las causas y de las consecuencias, que conoce la historia como un sabio

político con alma de ermitaño, podría enunciar. Y dice: «Sólo en el pasado no hay azar». Aunque también: «Mañana será aún más incierto el pasado». Y añade: «La poesía hace mortal el alma. Por unos versos». Y esta es la clave para abrir e interpretar todo esta enorme colección de silogismos, sin duda. El secreto que unos versos formulan, gracias a los que la mente accede. El pozo en el que se reflejan las estrellas, donde el eco de lo más alto y lejano encuentra un zumbido casi de circulación sanguínea, donde la sed y el espíritu se juntan en sorbos íntimos que nadie recordará y que logran dibujar la constelación más animal de nuestro pensamiento.

La duda es translúcida.
La echo a volar y rezo,
como seguirla a distancia,
como aferrarla una estela,
una probabilidad evolutiva, un fragmento rasgante de fe.
Se desmenuza la vida,
entre los dedos,
en este lugar que llamamos supervivencia
donde nadie me aguarda tal como soy,
e impide que lo hagan
en el cielo o en el
abismo.

Lo que sostiene todo es una fe irrestricta en las palabras. Habría que separar con un bisturí al abogado del poeta para conocer cómo las dos caras de esa monead ensanchan, o más bien hacen feraz, una manera de vivir y estar en el mundo que no puede renunciar de ninguna misión: ni se podría empequeñecer al soldado de la ley que construye argumentarios, ni deberíamos pasar por alto al soñador que ramonea en librerías de viejo se infusióna con lecturas en los mundos extraños de la imaginación. Esa es la estirpe condenada de José María Lanchó, el abogado cordial y el poeta insumiso a los fracasos de la realidad. Ese es el rostro de quien ha escrito estos silogismos,

en el fondo, como una oración para mejorar el mundo. Donde la fe que tiene en las palabras, la fe del uso desgastado y la fe del asombro incesante y la caricia, es capaz de reinventar oraciones con mil tonos y rimas, haciendo entrecrozar ideas y metáforas, relatos e imágenes antiguas, perfumes y venenos que ya nadie recuerda, en la espera humilde de que le sirvan a alguien. No en la ambición de cambiar el mundo como haría el espectro de un escritor metido a ingeniero de futuros y posteridades, sino en el de contribuir con unas gotas medidas de pasión, tristeza y sensatez, tal vez también melancolía, al mundo del futuro. Repetir el encuentro que él mismo como lector asume azaroso al escuchar las voces de quienes pusieron su lucidez tal vez equivocada en unas páginas que les han sobrevivido.

La supervivencia de ese lenguaje, al que define como espiga, como intervalo entre muertes, porque lo entiende como oración y como presente —en su acepción temporal de dar testimonio y en la de regalo que se tiende al lector desconocido— es el fin de todos estos poemas. La poesía es un sacrificio de palabras, un acto de fe, una constatación de humildad e impotencia, una remembranza de historias perdidas y secretos traumáticos que nos susurran todavía, una invocación a los dioses y una llamada al amor, un registro de los pequeños milagros y una elegía de los momentos y de los amigos, de una infancia que no nos abandona jamás y del gusto por celebrar la juventud del mundo. La poesía no necesita un abogado, eso Lanchito lo sabe muy bien. Porque incluso dictamina:

Acaso una canción sea
una forma de coger algo sin quitar nada.
Pero los más bellos versos
no cumplen la ley,
se llevan algo,
y no hay nada que yo pueda decir
que desmienta la indiferencia del tiempo.
Tardamos en advertir nuestra culpa.
Aquí, a estas ruinas, llegamos ya tarde.

La poesía sólo precisa la lealtad con la palabra y el compromiso con el lenguaje. Y en eso, en esa lealtad y ese compromiso con el lugar del que mana la realidad, y el deseo, José María Lancha ha demostrado pericia y sabiduría, pero también determinación y resistencia. Porque todas las palabras están gastadas en nuestro tiempo y hay que tener la fuerza de un combatiente y el valor de un buen abogado ante las adversidades para sentarse junto a ellas y, con santa, ascética paciencia, ponerlas otra vez en orden, amarlas con la costumbre del artesano y darles otra vez la forma y el sentido que sólo cobran en las fraguas ancestrales de los poetas y los locos. Todo lo que hemos desterrado, sabiéndolo o no, y que es esencial, se encierra en este empeño sin aparente utilidad.

Octubre, 2024

PRIMER ITINERARIO

UTOPIA

En el reino de Icaria eligen a los reyes de entre los mendigos.

Para garantizar que esa magistratura no se corrompa en la Corte, los icariontes tienen una regla: el rey no llega a conocer jamás que es el Monarca, con lo que evitan el capricho autocrático de los déspotas.

Discretamente, los ministros, con diversos pretextos, consultan al Rey mendigo y obtienen su impresión sobre las cuestiones y negocios de Estado que urgen al reino. El mendigo nunca sabrá de su condición de Rey.

Único secreto y único límite de su poder absoluto.

A tu manera esta es mi forma de destierro,
cada insomne noche
sin ti
me voy a este rincón
tal vez a envejecer.
Te diría que cada madrugada
acaba un mundo
y yo limpio el destrozo
antes que lo sorprenda el alba.
Y te explicaría, con más tiempo,
que del infierno no se sale por el camino del cielo.
Pero me da miedo que la costumbre
o la luz de la Luna, tantas veces,
hayan borrado el camino
de salida de los sueños.

Destejes la niebla,
tan hábil como el crepúsculo
une los hilos de las sombras.
Y tus dedos liberan
de sus nudos
las alas secas de estrellas y de instantes.
La noche se deja ver.
Soy un ser humano atado a tus milagros,
incluso cuando no te amo
inadvertida como un sendero
camino por ti.
Miro tus ojos como se mira el agua,
sencillo camino
de climas y de eras,
y así transcurre, como un paisaje
nuestra incógnita.

Me ocurriste
como escampa o echa a llover,
sé que te viviré de pronto
porque dura más lo que dicen los labios
que lo que tocan.
Como pan recién hecho,
compartimos la envidia
con los dioses,
en mitad del camino
hasta ti.
Sólo un sendero en el tiempo.
Desde mí,
la esquiva distancia de los cambios,
la tramposa transacción
de lo que se es por lo que continúa.
Por eso dejo entrar a esos otros,
que
soy o seré.
No desconfío,
todos prometen,
como si fueran instantes,
que ni siquiera la muerte me durará tanto.